

# Una vida melancólica

por Sebastián Salazar Bondy

TRAS el escándalo producido en el mundo entero por el Premio Nóbel de Literatura de 1958 concedido a Boris Pasternak y por su densa novela "El Doctor Zhivago", han comenzado a aparecer en Europa y América diversos libros debidos a la pluma del poeta ruso. Entre ellos, el titulado "Autobiografía" (en su idioma original "Aftobiograficheski Etiud") descubre rasgos peculiares de la personalidad de este discutido hombre de letras que contribuyen enormemente a trazar el cuadro completo de su alma y su destino. Rasgo característico resulta así, al pasar las hojas de este estudio íntimo, de esta lírica confesión (1), la atmósfera melancólica que emana de su verbo. No es, pues, exclusivo de Zhivago, el personaje, sino perteneciente en esencial medida a Pasternak, el escritor, ese aire nublado, lejano, triste, que consiste el atractivo del estilo lento y agobiante de la larga narración que con tanto éxito ha circulado últimamente.

Desde el capítulo de la infancia, donde Pasternak evoca el hogar paterno, colmado de imágenes pictóricas, hasta las amistades literarias y también musicales —entre ellas Scriabin—, que habrían de influir en su sensibilidad muy rotundamente, el poeta recorre una sucesión de episodios en cuya evocación prevalecen sensaciones resonantes pero quejumbrosas, ecos de afectos y dolores demorados en el corazón como en la vibración de una campana emotiva. Son seres

queridos —siluetas, como él les llama— las notas de aquel recuerdo, y en rostros, actitudes, situaciones y pasos humanos perdura cada época rememorada.

También hay en el libro protestas. Le interesa a Pasternak establecer las diferencias de propósitos creadores entre él y Mayakovski,



PASTERNAK EN 1921  
(Dibujo de Annenkov)

del cual algunos le hallaron influencias. "Por el contrario —dice precisando su interés, distinto al de la poesía denominada revolucionaria—, mi preocupación constante era el contenido, mi sueño constante era que el poema contuviera algo, un pensamiento nuevo o un cuadro nuevo; que fuera trasposado al libro con todas sus particularidades, que hablara, al correr de las páginas, con su silencio y con todos los colores de sus letras negras e in-

coloras". Como es evidente, la de Pasternak es una poética de recogimiento, soledad y hondura.

Las páginas dedicadas a los suicidas —Mayakovski, Esenin, Marina Zvetáeva— son conmovedoras. ¿Quién sabe las causas que llevan a un hombre hasta ese límite de horror? Nadie. Pasternak pide para esas víctimas del dolor y la angustia comprensión devota. Rechaza así valientemente el culto heroico hechizo, y tal vez falso, q' hizo del autor de "La Nube en Pantalones" un cantor de la vida nueva, cuando él, por defecto o por lo que fuere, no la soportó. "Amo mi vida —concluye— y estoy contento con ella. No necesito que se le aplique una capa de dorado. Yo no concibo una vida sin secretos y sin purificaciones, una vida brillantemente reflejada en el espejo de un escaparate de exposición". Al rehusar el marbete oficial, Pasternak rehúsa la mentira. Precisamente la mentira que lleva al holocausto en que sucumbió Mayakovski.

Es evidente que Pasternak soslaya la opinión acerca del levantamiento soviético y la toma del poder por el Partido Comunista. En el epílogo de este breve ensayo autobiográfico apunta la causa de esta omisión. A la vuelta del tiempo, el poeta ve la historia anterior a la transformación social y económica "tal como aparecen las montañas desde la llanura o una gran ciudad lejana sumergida en los fulgores de la noche". Contempla aquello con su particular melancolía, con sus ojos agotados de consumir el mundo

para extraerle penosamente la sustancia trascendental. No tiene —y lo declara— palabras para describir la hecatombe de una sociedad y la consumación de otra distinta, pues para ella le harían falta palabras que equivalieran en potencia y poder a las fuerzas que desencadenaron los hechos. Hablar de manera cotidiana de sucesos que merecen la voz de Gogol y Dostoyevski, el relieve y la belleza de los alucinados, es, a juicio de Pasternak, vil y deshonesto. Pretexto o no, el poeta calla. Quizá nunca sabremos lo que sobre aquel momento y su secuela piensa.

Una vida melancólica, sí. La poesía es, en esta voz un hilo delgado que destila purzas recónditas, recogidas del torrente diario en una suerte

de selección que la memoria realiza dificultosamente. Nieves y cúpulas en el horizonte, crepúsculos largos y helados, panoramas que se pierden en el vacío invernal, flores y frutos que reaparecen tras un sueño, como el rescate de la vida; rostros idos que tenuemente se entrevén bajo el tamiz del tiempo opalescente, cenizas viejas y yemas flamantes en un solo y grave haz. En fin, el pasado renacido en el santuario interior de un hombre que con su silencio hizo, en un instante, volver los ojos del orbe a su dacha, en la que transcurría como un sobreviviente de otra edad.

(1) BORIS L. PASTERNAK, "Auto-biografía", Editorial del Nuevo Extremo, Santiago de Chile, 1958.